

ZERUYA SHALEV

DOLOR

TRADUCCIÓN DEL HEBREO
DE ANA MARÍA BEJARANO

BARCELONA 2022



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL נאנ

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Zeruya Shalev. Publicado con el permiso del Institute
for the Translation of Hebrew Literature
© de la traducción, 2022 by Ana María Bejarano Escanilla
© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Desnudo femenino (de espaldas)* (1858),
de William Holman Hunt

ISBN: 978-84-19036-09-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 13 990-2022

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2022*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

I, 7 – II, 15 – III, 25 – IV, 40 – V, 59 – VI, 84 –
VII, 97 – VIII, 123 – IX, 145 – X, 168 – XI, 179
– XII, 190 – XIII, 221 – XIV, 242 – XV, 261 –
XVI, 300 – XVII, 335 – XVIII, 364

A Vera Slónim-Nevó.

I

Ahí está, vuelve, y a pesar de que lleva años esperándolo, se siente sorprendida, vuelve como si nunca hubiera desistido, como si no la hubiera tenido ni un solo día sin él, ni un mes sin él, ni un año, aunque en realidad han pasado exactamente diez desde entonces. Y es que Miki le ha preguntado: —¿Te acuerdas de qué día es hoy?

Como si se tratara de un cumpleaños o del aniversario de boda, se ha esforzado por recordar—se casaron en invierno, se conocieron durante el invierno anterior, los niños nacieron en invierno, nada destacable de sus vidas sucedió en verano, a pesar de que la larguísima duración de éste invitaría a que tuvieran lugar en él infinitos acontecimientos—y entonces Miki ha bajado la mirada para señalar con los ojos la cadera de ella, que, disgustada, sabe lo mucho que se le ha ensanchado desde entonces, y al instante el dolor ha vuelto, haciéndola recordar.

¿O primero ha recordado y entonces ha vuelto el dolor? Porque la verdad es que nunca lo ha olvidado, por lo que no se trata de un recuerdo, sino decididamente de un reencuentro con ese preciso momento, ardiente, con la fractura que se diluye en la fantasmagórica tormenta del pánico, de la ceremoniosa parálisis del silencio: ni un solo pájaro piaba, ni una sola ave aleteaba, ningún toro bramaba, los serafines no oraban, el mar no se agitaba, ningún ser se expresaba, sino que el mundo callaba silenciado.

Con el tiempo comprendió que allí había habido de todo menos silencio, pero sólo el silencio se le había grabado en la memoria: ángeles mudos se le acercan, le vendan en silencio las heridas, miembros amputados arden callados mientras sus dueños los observan con las bocas selladas, ambu-

lancias de un blanco inmaculado navegan en silencio por las calles y ahí se cierne sobre ella una estrecha camilla alada, manos que la levantan para tenderla en ella, en el momento en que es arrancada del ardiente asfalto es cuando nació el dolor.

Había dado a luz dos hijos y a pesar de ello no lo había conocido hasta que no se le manifestó por primera vez con su ardiente poderío en el epicentro de su cuerpo, asestándole los huesos, machacándolos hasta convertirlos en fino polvo, triturándole los músculos, arrancando tendones, desmenuzando tejidos, desgajando nervios, cebándose en esa amalgama interior, en la que antes ella jamás había reparado, de que está hecha una persona. Porque sólo le habían interesado los miembros que quedaban por encima del cuello, el cráneo y el cerebro oculto en él, la consciencia y el entendimiento, la razón y la reflexión, el libre albedrío, la identidad, la memoria, mientras que ahora no tenía nada que no fuera ella misma, no tenía nada que no fuera él, que no fuera el dolor.

—¿Qué pasa?—preguntó, avergonzado al instante—. Qué imbécil soy, no tenía que habértelo recordado.

Se encontraba apoyada en la pared, junto a la puerta, porque los dos estaban a punto de salir de casa, cada uno hacia su trabajo. Intentó señalar con la mirada las sillas de la cocina y él se apresuró hacia allí para traerle un vaso de agua que ella no consiguió sujetar con la mano que resbalaba por la pared.

—Una silla—murmuró ella entre dientes.

Él arrastró hasta allí una de las sillas y, para su sorpresa, fue él quien se sentó en ella con todo su peso, como si, inesperadamente, se viera asaltado por el dolor, como si fuera él quien hubiera estado allí aquella mañana de hacía exactamente diez años, cuando la potente onda expansiva de la explosión del cercano autobús la arrancó del interior del

coche y la arrojó contra el asfalto. Y, de hecho, si no hubiera sido por un cambio de última hora habría estado él allí en su lugar, volando por el ardiente aire como un asteroide inmenso hasta aterrizar con un tremendo golpe entre los cuerpos calcinados.

Y, en realidad, ¿por qué no fue él quien llevó a los niños a la escuela, como todas las mañanas? Recuerda una llamada telefónica urgente desde el despacho, una avería en el programa informático, el sistema que había caído. Aunque él, de todos modos, pensaba llevarlos, pero como Omer todavía no estaba vestido y seguía dando saltos en la cama matrimonial, ella quiso evitar llantos y reprimendas.

—Déjalo, yo los llevo—le propuso ella, lo que por supuesto no consiguió evitar la discusión de todas las mañanas con Omer, que se había encerrado en el cuarto de baño negándose a salir, ni las lágrimas de Alma porque volvía a llegar tarde por su culpa; agotada, se despidió de ellos a la puerta del colegio, aceleró en dirección a la parte alta de la transitada calle y adelantó a un autobús que se había detenido en la parada, cuando le golpeó los oídos el ruido más espantoso que jamás hubiera oído, seguido por aquel silencio absoluto.

Aunque no fue precisamente la virulencia de la deflagración, esa erupción casi volcánica del explosivo, tornillos, clavos y tuercas mezclados con matarratas para agravar el sangrado, lo que le ensordeció los oídos, sino otro ruido más profundo y espantoso, el ruido de la repentina despedida de sus vidas de decenas de viajeros del autobús, la elegía de las madres que dejaban huérfanos tras de sí, el grito de las adolescentes que jamás se harían adultas, el llanto de los niños que ya no regresarían a sus casas, de los hombres que se despedían de sus mujeres, la elegía de los miembros destrozados, de la piel calcinada, de las piernas que no volverían a caminar, de los brazos que ya no abrazarían más,

de la belleza que se marchitaría en la tierra, una elegía que regresa ahora mientras se tapa los oídos con las manos y se deja caer pesadamente sobre las rodillas de él.

—Ay, Iris—dice rodeándole la espalda con los brazos—, creí que habíamos dejado atrás esa pesadilla.

Ella intenta liberarse del abrazo.

—Se me pasará enseguida—y aprieta los labios—, puede que haya hecho un mal gesto. Me tomo un analgésico y me voy al trabajo.

Pero de nuevo, como entonces, todos sus movimientos se descomponen en infinitos minúsculos movimientos, cada vez más dolorosos, hasta el punto de que incluso ella, que tanto cuidado pone en ser comedida—lo que incluso le ha valido la reputación de directora firme y autoritaria—, deja escapar un fuerte suspiro.

A sus espaldas, tras el suspiro que hasta a ella ha sorprendido, brota de repente una potente carcajada, violenta, y los dos vuelven la cabeza hacia el final del pasillo, donde se encuentra su hijo, a la puerta de su habitación, alto y espiado, agitando la cabellera que enmarca unas sienes afeitadas mientras profiere una especie de entusiasmos relinchos:

—Eh, ¿qué hacéis ahí sentados uno encima del otro, mampap? ¿Queréis darme un hermanito?

—No tiene ninguna gracia, Omer—se irrita ella, aunque la imagen que ofrecen a su hijo le resulta también a ella igual de ridícula—, es que me ha empezado a doler donde la herida y tenía que sentarme.

Omer se acerca a ellos despacio, casi con pasos de baile, luciendo con encanto su hermoso cuerpazo cubierto tan sólo con unos calzoncillos bóxer con estampado de piel de pantera. ¿Cómo es posible que un polvo de ellos dos haya podido resultar en un cuerpo tan perfecto?

—Guay, tú tranqui—se ríe—, pero ¿por qué precisamente

encima de papá? ¿Y papá también ha tenido que sentarse? ¿También a él le duele?

—Cuando se quiere a alguien se siente su dolor—le responde Miki, con ese tonillo didáctico que Omer tanto odia, lo mismo que ella, en realidad, y que contiene la ofensa por la esperada burla del hijo.

—Tráeme un analgésico, Omer—dice ella—, mejor dos. Están en el cajón de la cocina.

Y cuando se traga de prisa los calmantes le parece que, sólo con que ponga de su parte un poco de voluntad, el dolor se esfumará para siempre, desaparecerá y no volverá. Los dolores no pueden volver así sin más, con tanta fuerza, no tiene ninguna lógica. Porque todo fue curado, cosido, suturado, atornillado, implantado en tres operaciones distintas durante un año entero de hospitalización. Han pasado diez años, se ha acostumbrado a vivir con las punzadas de dolor durante los cambios de estación o tras realizar un esfuerzo; bien es verdad que nunca ha vuelto a sentir la placidez corporal de antes de la lesión, pero por otro lado tampoco esperaba una nueva acometida como ésa, como si todo volviera a suceder esa mañana desde el principio.

—Ayúdame a levantarme, Omer—le pide, y él se le acerca todavía entre risas, le brinda un brazo fuerte y bien torneado, y ya está ella ahí de pie, sin rendirse, aunque se apoye en la pared.

Saldrá de casa, llegará al coche, conducirá hasta la escuela, presidirá las reuniones con eficacia, mantendrá las tutorías, entrevistará a nuevos profesores, atenderá a la inspectora, se quedará para controlar cómo se desarrollan las actividades extraescolares, responderá los correos electrónicos y los mensajes que se hayan acumulado hasta el momento, y sólo durante el camino de vuelta, por la tarde, cuando conduzca con los labios apretados por el dolor, se permitirá considerar que Miki se quedó allí sentado en la silla de la

cocina junto a la puerta, la cabeza entre las manos, incluso cuando ella ya había salido o, para ser más exactos, cuando ella ya había huido de allí, como si lo dejara a él a cargo de su dolor, como si fuera él a quien le hubieran reventado la cadera aquella mañana de hacía exactamente diez años, a él a quien le hubieran partido la vida en dos.

Atrapada entre montones de coches, en el tráfico que reptaba despacio de vuelta a casa, recuerda cómo llegó Miki jadeante a su cama de la habitación de traumatología con la vergüenza pintada en la cara. Porque no fue el primero en llegar. Otras personas, apenas conocidas, se le adelantaron cuando los rumores corrieron como la pólvora. En orden invertido se presentaron las consoladoras visitas, desde los casi desconocidos hasta los más próximos; Omer de siete años y Alma de once, de la mano de su amiga Dafna, lo hicieron justo un momento antes de que se la llevaran al quirófano, y al verlos acercarse ella se dio cuenta, asaltada por un estremecimiento, de que eran los únicos a los que no había avisado. Había conseguido dejarle un mensaje en el móvil a Miki, y otro en casa de su propia madre; con los dedos ensangrentados había tecleado los números para limpiar luego la sangre con la blusa; sólo a la escuela de sus hijos se le había olvidado llamar, y la verdad era que durante las horas que pasaron hasta que los vio acercarse a su cama temerosos y agarrados de la mano, se había olvidado por completo de su existencia, había olvidado que la mujer que había volado durante un instante por la calle ardiente hasta golpear contra la calzada era madre de unos niños.

Hasta le costó reconocerlos en un primer momento. Una extraña pareja avanzaba hacia ella, un niño grandote y una niña menuda. Él rubio, ella morena. Él impetuoso, ella sosegada. Dos opuestos caminando juntos, despacio, con el semblante grave, como si se dispusieran a depositar un ramo de flores invisible sobre su tumba, y a todo esto a

ella le habría gustado huir, pero estaba postrada en la cama, así que cerró los ojos hasta que los oyó gritar a dos voces: «¡Mamá!», y se vio obligada a recomponerse de inmediato.

—Qué suerte he tenido—bromeó para ellos—, podría haber sido muchísimo peor.

—Puedes dejarles ver que lo estás pasando mal—le dijo más tarde uno de los médicos—. No es necesario disimular. Déjales que te ayuden. Así también les enseñas a superar sus dificultades.

Pero ella era incapaz de mostrarles su sufrimiento, por lo que se le hizo muy difícil soportar la presencia de sus hijos durante aquellos largos meses, hasta que se vio curada.

—Todo por culpa de Omer—recordaba que había sentenciado Alma fríamente, casi con indiferencia, como constatando un hecho incuestionable—. Si no se hubiera escondido en el cuarto de baño, habríamos salido antes y tú ni loca hubieras estado allí cuando el autobús explotó.

Entonces Omer se puso a gritar y a darle patadas a su hermana:

—¡No es verdad! ¡Todo ha sido por tu culpa! ¡Ha sido porque quisiste que mamá te hiciera una cola invisible!—y cuando Miki intentó sujetarlo para calmarlo, el niño lo señaló de repente con el dedo y sentenció, con la misma desconfianza que siempre reinaba entre ellos—: ¡Todo ha sido por tu culpa!

Puede que hubieran seguido culpándose los unos a los otros como si realmente se tratara de un suceso que había ocurrido en el cerrado círculo familiar y no de una acción planeada por razones políticas y llevada a cabo por activistas terroristas que no conocían a esa pequeña familia, pero entretanto se la llevaron de allí a la intimidatoria distracción de largas horas de operaciones y lo que vino después, meses de rehabilitación, de recuperación, y el ascenso que la esperaba al final del camino a modo de premio. Ella

sabía muy bien que había quienes decían que si no hubiera sido porque había resultado herida, nunca la hubieran nombrado directora de la escuela siendo tan joven, y hasta ella lo dudaba a veces, aunque la enorme carga del puesto no le dejaba tiempo para demasiadas elucubraciones, y en ese momento le pareció, mientras aparcaba el coche y se dirigía con paso vacilante hacia su casa, que solamente ahora se estaba despertando de aquella operación que había durado diez años y podía centrarse en el tema que entonces habían sacado a colación sus hijos, porque había acumulado la suficiente experiencia para señalar por fin al verdadero culpable.

I I

El ascensor, que se abre hacia el interior del salón, crea la sensación de desarraigo de un descansillo de escalera, confiriéndole un aire dramático a cada entrada, y también esta tarde, cuando se corren las puertas de acero y ella entra en su casa, se siente por un momento como una visita, una visita que no ha sido invitada o que ha equivocado el día o la hora, porque nadie la está esperando, así que observa incómoda la amplia sala de estar. Se habían alejado del centro de la ciudad con el fin de poder disfrutar de unos cuantos metros cuadrados más, para que cada hijo tuviera su propia habitación, para tener ellos un dormitorio grande con un rincón como estudio, en un edificio anodino de un barrio nuevo carente de encanto, y aunque si bien es cierto que ahora gozan de más privacidad, no han conseguido llenar ese espacio común, y al observar ella ahora el salón, el sofá grande, el pequeño, los dos sillones y la mesita que hay entre ellos, las ventanas que invitan a que pase a la estancia un paisaje urbano con un toque de arena del desierto, la cocina clara y limpia con dos cazuelas sobre los impolutos fogones, se pregunta por un momento si las personas de verdad viven en una casa así, porque de pronto le parece que la suya está vacía, que le falta lo principal.

La decoración de la casa nunca le preocupó, ni a Miki tampoco, les bastaba con que fuera agradable y cómoda, que resultara placentera a la vista. De todas maneras, vuelven tarde a casa y después de cenar con los chicos ella se queda varias horas frente al ordenador escribiéndoles correos electrónicos a los profesores, a los padres, templando ánimos, concertando horas de visita y reuniones, planificando su semana como directora, así que qué más da que haya

unas baldosas u otras, esta o aquella tapicería, si lo principal es tener un sitio en el que reposar el fatigado cuerpo.

La puerta de la habitación de Omer se abre y ella le brinda al instante una sonrisa forzada, pero no es él quien asoma, sino una chica delgadita de pelo naranja que lleva una camiseta muy ajustada, unas diminutas bragas y que se apresura confusa al cuarto de baño; Iris sigue con la mirada su esbelta cadera y suelta un prolongado suspiro. Tantos temores como había conllevado criar a Omer, ahora parecían haber sido en vano, porque esta chica era una prueba más de ello, y al oírla salir intenta verle la cara a través de esa cortina que es su larga cabellera. ¿No la ha visto en otra ocasión? Durante los últimos meses, cuando lo despierta por la mañana, a veces aparece una chica en su cama, por mucho que haya visto con sus propios ojos que estaba solo al acostarse: es como si brotaran de la cama por la noche.

Impertérrita, sigue los pasos de la chica hasta que desaparece de nuevo en la habitación de Omer, y luego se dirige a la cocina. Tiene que comer algo, aunque no sea más que para poderse tomar otra pastilla. Un arroz blanco humeante y unas alubias del mismo color naranja que el pelo de la chica esperan en las cazuelas. Últimamente a veces le pide a la asistenta que les prepare algo. Omer siempre tiene hambre y ¿a quién le quedan fuerzas para cocinar al volver del trabajo? Es un verdadero placer encontrarse en la cocina dos ollas llenas, librarse del yugo omnipresente de tener que estar dando de comer, pero se diría que desde que le resulta fácil conseguir comida, a Omer le ha cambiado el gusto y se le ha acentuado sobre todo esa vaga sensación de forastero, como si se tratara de una humilde cantina de obreros, un hotel de medio pelo o cualquier cosa excepto un hogar.

Qué naderías, se ríe por lo bajo, qué futilidades le rondan la cabeza desde por la mañana, como basura empujada

por el siroco. Hogar o no, ¿qué más dará? Lo principal es que no pasen hambre, que tengan un techo, que haya trabajo, que los chicos estén más o menos bien, con tal de que ese tormento la deje en paz, así que ahora vuelve a tomarse dos pastillas para ver si le calman el dolor. Como si de unas contracciones de parto se tratara, el dolor la asalta cada dos o tres minutos, le atenaza el cuerpo, le sierra la cadera, hueso tras hueso, hasta que se tiende en el sofá con un profundo suspiro. Un viento amenazante y cálido de principios de verano sopla adentrándose en la casa, pero ella tiene tantísimo frío cuando los huesos se le desintegran bajo la piel. Cree que dentro de un momento los pedacitos de hueso se dispersarán con el viento y entonces quizá ceda el dolor. Renunciaría a ellos, y no sólo a ellos, sino a todos los miembros que tanto sufren, con tal de que se le pase el dolor, que el cuerpo se le vacíe. No puede permitirse parar, tiene notificaciones que escribir, problemas que resolver, así que se levantará enseguida para arrastrarse hasta su mesa de trabajo y sentarse frente al ordenador, se ceñirá los lomos y se quedará pensando en esta expresión que parece que fue creada para ella, ceñirse los lomos, porque justo ahí es donde se inicia el dolor, en las caderas que un día fueron tan esbeltas como las de la chica que ahora entra en la cocina, enfundada, sin que se sepa por qué, en los calzoncillos bóxer moteados de Omer. ¿Aparecerá él con las diminutas bragas de ella puestas?

A través de los párpados entrecerrados lo observa con ese viejo temor constante, porque él siempre ha sido imprevisible.

—Su excelencia la señora directora—exclama él mirándola y cuadrándose ante ella.

Aliviada, ve que su hijo viste unos pantalones cortos de deporte, que está de excelente humor y que si aquí se va a romper un corazón ése no va a ser el suyo, así que se queda

espiándolos mientras comen uno frente al otro en el *office*, llenándose una y otra vez los platos.

—¡Qué rico!—braman con la boca llena, como si se hicieran un cumplido mutuo, mientras mastican y se ríen por lo bajo.

Le sorprende lo poco que hablan. ¿Les intimida su presencia o no necesitan las palabras para sentir complicidad?

Qué distintos son a como éramos nosotros, piensa. Yo tenía exactamente la misma edad de Omer hoy, Eitan era algo mayor que yo, no dejábamos de hablar y nos reíamos tan poco. Mucho no había de lo que reírse, entonces, cuando su madre se iba apagando y Eitan, que era su único hijo, la cuidaba con muchísima entrega, hora tras hora sentado junto a la cama en el hospital, desde donde luego de dirigía a casa de ella, alto y enjuto, sus claros ojos iluminados por un triste desconcierto, y entonces ella le daba de comer, lo consolaba, lo tranquilizaba con su amor.

¿Qué sabrán éstos?, se subleva mientras mira con repentina hostilidad a su hijo y a su amiga, que siguen mastizando a dos carrillos uno frente al otro, que se levantan para husmear en la nevera y vuelven a la mesa con algo rico, «riquísimo», precisan, los dedos revoloteando los unos sobre los otros, hasta que Iris aparta la mirada. ¿Por qué será que esa feliz escena le produce semejantes náuseas? Aunque quizá no guarden relación, porque desde por la mañana ya la acompaña la náusea. En absoluto es mezquina con su hijo, al contrario, se siente profundamente agradecida por el hecho de que a él se le hayan ahorrado los tormentos de Eitan y a su vez los tormentos de ella cuando él la dejó, porque en cuanto hubieron pasado los siete días de duelo por la muerte de la madre, cuando el último doliente se hubo marchado de la casa y antes de que la enterraran siquiera, Eitan le comunicó con soltura y frialdad, como si lo hubiera planeado, que tenía pensado

empezar una nueva vida, una vida carente de dolor en la que ella ya no tenía cabida.

—No es nada personal, Irisim—añadió, magnánimo—, lo único que me pasa es que estoy harto de toda esta pesadez—como si fuera ella la responsable de ese agobio, cuando lo único que había hecho era intentar hacerle las cosas más fáciles—. Entiéndeme, ni siquiera he cumplido los dieciocho, quiero vivir—dijo—, quiero olvidar este año tan espantoso, y tú formas parte de él.

La recorrió un escalofrío. Muchos años después recordaba cómo le castañeaban los dientes a Eitan, cómo se le movían las mandíbulas, sin vacilar, bajo las lampiñas mejillas.

—No me lo puedo creer. ¿Me castigas a mí por haber estado a tu lado, por haberte apoyado durante todo este año?—susurró con voz de asombro.

—No se trata de ningún castigo, Irisim, la realidad se impone. Si te hubiera conocido ahora, todo sería diferente. Seguro que me habría enamorado de ti y estaríamos juntos. Pero nos conocimos demasiado pronto. Puede que volvamos a tener una segunda oportunidad, pero ahora tengo que ponerme a salvo.

—¿Ponerme a salvo de mí?—preguntó atónita—. Pero ¿qué te he hecho yo?

Él le tomó la mano y por un instante pareció que quería compartir su dolor, apenarse con ella por esa nueva vida que se imponía a sí mismo, pero enseguida dejó a un lado la compasión y retiró la mano, y eso ella aún no se lo ha perdonado a él, Eitan Rosenfeld, su primer amor y en cierto modo también el último, porque desde entonces nunca ha conseguido revivir ese mismo sentimiento absoluto e incondicional. Hasta hoy mismo no le había perdonado que no lamentara perderla ni a ella ni el amor que compartían, ni tampoco la cruel despedida que le impuso, porque aunque para él la separación fuera inevitable, podía haberse

quedado con ella consolándola en lugar de dejarla así, sola con el veredicto que le había impuesto, sola con aquella sensación de pérdida del sentido y del propósito de todo, de esperanza, de la juventud, una pérdida que valía lo mismo a sus ojos que la pérdida de la madre a ojos de él, una pérdida de la que le había costado muchísimo reponerse.

—¿Qué te pasa, mami?—le pregunta Omer, acercándose a ella, porque seguro que ha vuelto a suspirar sin darse cuenta—. ¿Qué haces ahí tirada como un trapo? ¿Hay alguna huelga de la que no me haya enterado?

Tiene el pecho estrecho y alargado, algo hundido, y lampiño, lo mismo que las mejillas, imberbes todavía, igual que las de Eitan.

—Es una huelga mía privada—dice ella—, me duele mucho, tráeme una pastilla del cajón y un vaso de agua, Omeri—le ruega, porque si desaparece el dolor desaparecerá también el recuerdo.

Llevaba años sin permitirse pensar en Eitan y sin tenderse así en el sofá sin hacer nada, y entretanto su hijo ha alcanzado casi la edad de aquél sin que ella se haya dado cuenta, y la novia la observa de reojo con la misma mirada de curiosidad con la que ella miraba a la madre de Eitan cuando la vio por primera vez, tendida en el sofá del salón del pequeño piso en el que vivían.

Eitan era el único hijo de una madre soltera con un solo pecho. Cuando él era pequeño su madre enfermó, la operaron, y ahora recuerda Iris el asombro que apreció en los ojos de Eitan al ver la perfecta simetría de su torso la primera vez que él la desnudó. También recuerda cómo miraba azorada y de reojo el escote de la camisa del desgastado pijama de la madre de Eitan cuando se sentaba con él junto a la cama del hospital. La concavidad cicatrizada que aparecía cuando se inclinaba hacia ellos y que no se parecía a nada de lo que había visto, lo mismo que el cráneo grande

y calvo que se balanceaba sobre el finísimo cuello. A Iris le gustaba ir allí con él y acariciarle la mano libre mientras la otra se la tenía agarrada su madre. Le gustaba el silencio que había en la planta, el silencio sagrado de una lucha de titanes, el silencio esperanzado de que se obrara un milagro, el silencio de la vida pelándose capa a capa hasta quedar sólo la temblorosa semilla interior, una pepita translúcida que se resistía a desaparecer, la esencia de la existencia. Se imaginaba a sí misma vagando al lado de Eitan por un bosque de árboles de la vida que se marchitaban, se quebraban, y ¿cómo iba ella a pensar siquiera que precisamente por entregarse a él de esa manera, y a su sufrimiento, iba a despertar en él un día tal sentimiento de rechazo? Para ella todos aquellos momentos constituyeron una misión sacrosanta que tenía un propósito, una intimidad, la de él y ella juntos, un muchacho y una muchacha en medio del mundo intentando mitigar el sufrimiento: Eitan, el sufrimiento de su madre, y ella, el de él. Durante largos meses había sentido que allí estaba su casa, junto a la cama de aquella enferma tan magnánima, que ésa era su familia. No la madre quisquillosa, severa, la viuda de guerra que tan poquísimo daba y tantísimo exigía, ni los hermanos gemelos que nacieron cuatro años y medio después de ella y llenaron la casa de alboroto, sino que ella pertenecía a otros seres, a la mujer agradable que sufría en silencio y a su único hijo completamente entregado a ella. Aunque si se hubiera involucrado menos en el dolor de ellos y se hubiera mantenido apartada, no la habrían dejado, y así fue como aprendió que el abandono más extremo es la otra cara de la entrega más extrema.

Porque un día de principios de verano fue allí de nuevo después del instituto llevando en la cartera una manzana ácida y una bolsita de leche con cacao para él, pero antes de entrar en la habitación vio a través del visillo el cráneo

liso balanceándose de acá para allá con una especie de agresividad rebelde que nunca antes había apreciado en ella, y Eitan salió enseguida a su encuentro y le dijo muy pálido:

—Ven después, Irisim, ahora no es el momento.

Y ella se quedó petrificada, a la puerta de la planta, sabiendo que allí ya no iba a volver más y que por eso se resistía a marcharse.

Vio a dos enfermeras que corrían hacia la habitación y oyó un alarido terrible, animalesco, procedente de allí, y le costó creer que hubiera brotado de la garganta de la mujer más delicada del mundo. Presa de un temor reverencial, siguió los acontecimientos desde el otro lado de la mampara, como si se encontrara frente a una aparición de la divinidad, frente a una visión milagrosa y sobrenatural como las que se estudian en las clases de Biblia, la zarza ardiente o la entrega de las tablas de la ley, hasta que una de las enfermeras le cerró la puerta en la cara y entonces ella se alejó de allí, pasito a paso, hasta sentarse en un banco a la entrada del edificio, en esa tierra de nadie que separa el país de los enfermos del de los sanos, y se comió a pequeños mordiscos la manzana que le había llevado a él y allí se quedó hasta que cayó la noche y Eitan salió con los hombros caídos, la mirada perdida en las baldosas jaspeadas de la entrada, en absoluto sorprendido de encontrársela allí, y echaron a andar despacio, igual que lo harían al día siguiente tras el cadáver envuelto en una sábana blanca, como si ambos se hubieran quedado huérfanos.

Así también anduvo a su lado durante los siete días del duelo, porque era su mujer de diecisiete años que recibía a los dolientes, incluso a su propia madre y a sus hermanos. Por las noches le acariciaba la espalda hasta que se quedaba dormido y por las mañanas se levantaba antes que él y preparaba el apartamento para un nuevo día de duelo, y en realidad veía así su futuro, como un duelo sin fin, un bulli-

cio consolador, doloroso, y por momentos feliz, de condolencia, que los fundía a ambos haciéndolos germinar juntos como dos tallos plantados en un solo tiesto, en un mismo sustrato.

Ése fue su segundo nacimiento, su segunda orfandad, y ella había escogido nacer y quedarse huérfana a su lado, y por eso ella era su madre, su hermana, su mujer y también sus hijos, porque su cuerpo joven ardía de puro deseo de darle una hija para llamarla como su madre, y por las noches, cuando sollozaba dormido, ella notaba el cráneo desnudo brotando de entre sus piernas. Solamente ella podría parirla de nuevo, tal y como había sido, solamente ella podría consolarlo, pero cuando terminaron los siete días del duelo se encontró no solamente sola, no solamente viuda, sino también huérfana de todos sus sueños.

Recogió sus bártulos de casa de él, los metió en dos bolsas de basura grandes y se dirigió circunspecta y muy erguida a la parada del autobús, sin mirar atrás. Se subió en el autobús correcto, se bajó en la parada correcta, llegó a su casa y se metió en la cama vestida, con las bolsas de los bártulos a su lado, y se quedó allí tendida con los ojos abiertos y secos hasta que llegó su madre. No respondió a las preguntas de ésta porque no las oyó, ni hizo caso de sus súplicas para que se levantara a comer y se duchara. Bajo los ojos secos, su cuerpo quedó petrificado día tras día.

—Una vez me quedé parálitica de pura tristeza—le contó a Miki poco antes de que se casaran—, estuve inválida durante unas cuantas semanas, pero ya estoy bien y no volverá a pasar.

Miki, claro está, quiso saber más, pero ella lo decepcionó también en eso. Sólo su madre comentaba algo de vez en cuando, revelando este o aquel detalle, y de nada servían las miradas asesinas que ella le dirigía.

—Sí, pasé una crisis. Pero ¿quién no pasa por una cri-

sis amorosa a los diecisiete?—concluía ella para minimizar el valor del recuerdo, incluso ante sí misma, y centrándose más en la traición de su madre que en la cuestión propiamente dicha. Y cuál era la cuestión, se preguntaba a sí misma de vez en cuando: ¿que casi murió de amor? ¿Y qué era más sorprendente, su enfermedad o la curación? ¿El hecho de que consiguiera al fin y al cabo escoger de nuevo la vida, volver a nacer, y ahora sola, volver a ser una, en un vacío que se iba llenando despacito?

Cuando su hija creció hasta convertirse en una adolescente, siguió con tensión su vida amorosa por temor a que también fuera a sufrir por desamor, pero Alma se había conformado hasta ahora con unas relaciones esporádicas, superficiales, y aunque eso también podía ser motivo de preocupación, no lo era en la misma medida, además de que tampoco le solía contar gran cosa, y su hijo parecía tranquilo y sereno frente a la chica que llevaba puestos sus calzoncillos, así que se decía que esa amenaza no iba a cumplirse próximamente y por eso podía dejar ya de controlar a la joven pareja que se estaba constituyendo ante sus ojos. Entretanto, el dolor había cedido un poco, dejándole el cuerpo aturdido. Lo notaba flotar a cierta distancia permitiéndole levantarse despacito del sofá para ir a sentarse frente al ordenador, como todas las noches, con el fin de escribir su reflexión semanal como directora, con avisos, instrucciones, preguntas y respuestas.

¿Sobre qué iba a escribir esa noche? Quizá podía intentar insuflarles un poco de vida a las últimas semanas del curso, las que separan el Día del Recuerdo de la fiesta de Shavuot, ese período tan cansino tras el trimestre principal del curso pero lejos todavía del final, una etapa mucho más decisiva de lo que parece, porque si algo puede todavía ser cambiado, ése es el momento de hacerlo, entre la fiesta del recuerdo a los muertos y la de la renovación de la vida.